

RAFAEL ALARCÓN SIERRA, *Vértice de llama. El Greco en la literatura hispánica. Estudio y antología poética*, Universidad de Valladolid, 2014, 316 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH  
Universidad de León

Sobre la recepción del Greco en las letras hispánicas, y por tanto en un ámbito mucho más amplio que el español, versa este libro del profesor de la Universidad de Jaén Rafael Alarcón cuya salida coincide con el cuarto centenario del artista, y que consta de dos partes. Con el título de «La construcción del Greco en la modernidad», en la primera de ellas se da cuenta de la repercusión de la idiosincrasia del pintor y del sesgo de su obra desde el siglo XVII hasta la actualidad, incluso desbordándose el marco hispánico, pues se tiene en cuenta la repercusión del pintor en artistas de diversos países y también escritores foráneos en lengua no española.

La segunda comprende una antología poética de composiciones inspiradas en el Greco, que va precedida de un estudio de los abundantes textos que se han seleccionado, comenzando con el que le dedicó Fray Hortensio Félix Paravicino, y siendo el último el escrito por José Ovejero. Conviene subrayar la importancia

que tiene la referida antología, porque las tareas de antólogo han pasado a ser consideradas, para demasiados, un sinónimo de labor filológica fácil cuando en ocasiones puede ocurrir que impliquen una esforzada tarea de investigación.

Es el caso de *Vértice de llama*, porque la búsqueda de materiales habrá sido muy paciente y laboriosa, así como en verdad es muy concienzudo el estudio que sobre los poemas se ofrece, al igual que es muy denso de noticias y de comentarios el erudito trabajo relativo a la presencia cultural del Greco más allá de los poetas que en él se hayan inspirado, páginas que vienen avaladas por una copiosa bibliografía consultada.

Recuerda Rafael Alarcón que el Greco no fue debidamente considerado en su tiempo, viéndosele por entonces como un pintor realmente extraño, un criterio que proseguiría durante el Romanticismo, aunque interpretando su extravagancia en positivo, en virtud del ensalzamiento que

los románticos hicieron de la originalidad y del genio. Quienes empezaron a descubrir al artista en sus valores pictóricos iban a ser viajeros como Gautier y otros, siendo luego los escritores decadentes franceses quienes convertirían al Greco «en uno de sus pintores fetiches». (16)

Fueron los modernistas catalanes, y a la cabeza de ellos Santiago Rusiñol, los que se adelantarían a reivindicar en el fin de siglo, y para la España del XX, la pintura del Greco, siguiéndoles luego pintores con los que estaban en relación. El pintor catalán descubre en el griego una dimensión mística y simbolista, y por ende asimilable al Modernismo, un movimiento del que le considera precursor. Por esta vía pasará el de Creta a convertirse en un antecedente de los primeros ismos vanguardistas.

Si se repara en que a Zuloaga llegó a conocerse en París como «Le Greco», se entenderá que se ocupase de promover su valía en círculos españoles y en medios artísticos internacionales, colaborando decisivamente para que Rusiñol pudiese adquirir los dos cuadros que serían recibidos procesionalmente en Sitges para integrarse a su «Cau Ferrat». En la urbe sitgetana se erigiría pronto un monumento al pintor, inaugurado el día 29 de agosto del tan emblemático año de 1898, acto al que asistió Ángel Ganivet. Y se debió asimismo a Zuloaga el entusiasmo por el Greco que sintieron, entre otros, Auguste Rodin y Rainer Maria Rilke.

El interés de Pablo Picasso por el Greco remonta al período finisecular, estudiándolo y copiándolo en el Prado

como habían hecho otros artistas. Resulta bien interesante el recuento que hace Rafael Alarcón del influjo del cretense en el artista malagueño, señalando al respecto su incidencia en la llamada época azul, y en particular anotando cómo el cuadro *El entierro del conde de Orgaz* actúa como subtexto de *El entierro de Casagemas*. La impronta ya es menor en la época rosa, aunque en su famoso lienzo *Les demoiselles d'Avinyon* pudo tener en cuenta la *Visión del Apocalipsis* que era propiedad de Zuloaga, quien llegó a coleccionar más de una docena de grecos. Añade el autor del libro también que no se ha advertido que «incluso el *Guernica* (...) tiene mucho de los abigarrados grecos finales, sin fondo, pero con volumen, del Museo del Prado...» (21) De obra poético-teatral califica Rafael Alarcón aquel texto inclasificable al que Pablo Picasso quiso en 1959 poner significativamente el título de *El entierro del conde de Orgaz*.

Compartieron Pío Baroja y José Martínez Ruiz, Azorín, en tanto que modernistas, el aprecio del Greco leyendo su obra como un preludio pictórico del simbolismo. Y el viaje de ambos a Toledo a fines de 1900 va a ser determinante para explicar la importancia que adquirirá después el pintor en las letras españolas. No vamos a detenernos en ir siguiendo paso a paso el recorrido que desde ese momento hace Alarcón por las letras y las artes hispánicas y universales, entre las que no faltan las cinematográficas, para poner de relieve la recepción del artista en las diferentes generaciones históricas y tenden-

cias culturales, desde los novecentistas hasta finales del XX.

Importa que remarquemos que el antedicho recorrido es abrumador y provechosísimo en datos y apreciaciones fruto de mucha indagación y de mucha consulta bibliográfica y lectura bien asimiladas. En su virtud, *Vértice de llama El Greco en la literatura hispánica* ha de con-

siderarse como libro de referencia sobre el asunto que aborda, un libro de rigurosa investigación temática en el que la antología de textos no resulta un complemento, sino que también forma parte orgánica e indisoluble del tema investigado, no siendo, por tanto, un apéndice complementario del mismo.